



AMARGO, PERO LEGITIMO

Tal ha sido el fruto que con terrible sobresalto de propios y extraños vimos llegar a su plena madurez, a mediados del pasado mes de octubre.

Y bien podemos afirmar, como lo proclama la conciencia general de la nación, que a una intervención providencial de Dios principalmente se debe el que los mortíferos y extensos efectos de tan venenoso fruto no llegaran a culminar en lo que hubiera sido la más horrible tragedia de nuestra historia!

Porque, aun cuando no haya llegado todavía a conocimiento del público un informe completo y pormenorizado de todo lo que pensaron hacer los dirigentes y actores del fracasado golpe terrorista y sanguinario del pasado 12 de octubre, ya son suficientes para juzgar la cualidad del mismo, y las aviesas intenciones de quienes lo prepararon, los hechos de sangre y crueldad que infortunadamente llegaron a ocurrir en pequeñas poblaciones del interior.

El asesinato salvaje del Juez de Tunapuicito; el asesinato con refinada crueldad del encargado de una agencia de Banco en Río Caribe meramente por negarse éste a entregar los depósitos de dinero a los asaltantes; el asalto a las cárceles públicas y la suelta de presos de delitos comunes, con el fin de utilizar a estos penados como hombres de armas para nuevos atropellos..., estos y otros parecidos hechos perpetrados con organizada inteligencia en diversos puntos del país, prueban bien a las claras que dichos planes terroristas eran extensos y minuciosos, y que los encargados de ponerlos por obra en cada localidad, habían recibido consignas y órdenes de tipo netamente criminal. De los hechos aquí referidos bien libremente se puede pasar a esta reflexión: ¿si aun en pueblitos apartados del interior, así se había organizado el golpe terrorista, cómo sería la organización y los métodos que iban a entrar en juego en Caracas y en otras ciudades importantes?

Pero ante tales hechos, que consumados en una pequeñísima parte, han dejado un saldo de violencia y de muerte, no basta con lanzar ahora exclamaciones de sorpresa y de repulsa.

Es necesario ahondar un poquito siquiera con la reflexión, para descubrir la raíz de donde, en última instancia, ha brotado semejante venenoso fruto.

Han sido "adecos" y comunistas quienes planearon, dirigieron y llevaron a la práctica esta pasada confabulación terrorista y asesina. O sea hombres de una ideología materialista, marxista y totalitaria, para quienes el triunfo de sus intereses de grupo, está por encima de todo otro bien colectivo y nacional. Peor aún: si para el triunfo de esos intereses era necesario proceder a sangre y fuego, contra vidas y propiedades, aun de inocentes e indefensos ciudadanos y de mujeres y niños, hubieran ido adelante en sus intentos, no importándoles nada esos motivos de humanidad y civilización.

Fijémonos de pasada, que esos comunistas y "adecos" son los mismos que con ridículo escándalo farisaico se rasgaban sus vestiduras ante los bombardeos nazis de ciudades indefensas con el justificable argumento de que allí morían niños y mujeres inocentes. Y son los mismos que adhieren y asisten en pomposa representación a la farsa internacional de esos llamados congresos "por la paz", donde a manera de engañosos hablan y gesticulan en contra de los horrores y crimen de la guerra y a favor de la dignidad y respeto de la vida humana. Como si las únicas bombas que es ilícito usar contra la vida del prójimo fueran las de una posible guerra contra el marxismo internacional; y en cambio los autollamados demócratas "adecos" y comunistas gozaran de plena franquicia para atentar críminosa y terroristamente contra la vida y seguridad de seres inocentes cuando se tratase del triunfo de sus aspiraciones totalitarias.

Pero lo que ante todo hemos de dejar aquí bien señalado, y ha de servir de alerta impostergable si queremos reconstruir poco a poco la Patria sobre bases firmes, es que todos esos actos y planes terroristas, con todas sus más funestas consecuencias, son el producto de una educación socialista, materialista y atea. Es la educación que por largos años y a puertas abiertas se ha estado dando en Liceos, Normales y aun escuelas, y en tiempos recientes en el Pedagógico.

Porque no hemos de fijarnos sólo en los individuos que directa o inmediatamente estaban encargados de ejecutar los actos terroristas, muchos de ellos pobres ignorantes empujados al crimen y halagados quién sabe por qué clase de promesas; sino que hemos de advertir que son los dirigentes supremos y sus más allegados colaboradores, tanto en el país como desde el extranjero, quienes han de cargar con toda la recriminación y responsabilidad de esta confabulación terrorista. Y esos dirigentes, tan conocidos y señalados por el dedo sentenciador de la opinión pública, son producto de nuestro medio, educados en ateo, sin moral ni religión; educados en centros pagados con el dinero del Estado, donde maestros y profesores materialistas y sin fe han ido forjando una generación de hombres y mujeres de quienes la Patria en vez de esperar recibir la colaboración y el trabajo que habían de engrandecerla, está en cambio recibiendo amenazas, peligro y destrucción.

Sembramos, —y nótese que aún seguimos sembrando— semilla de enseñanza atea, sin Dios ni moral, y ahora no nos extrañemos de estar cosechando el fruto amargo, pero legítimo, que forzosamente corresponde a tal siembra.

Atacar ahora el mal en sus efectos destructores y amenazantes es una medida necesaria, de orden policial y de seguridad. Pero es algo meramente transitorio. El mal hay que atacarlo en su causa, en su raíz. Y mientras así no se proceda, será fantasía de ingenuos e irresponsables pensar en el bien y seguridad de la Patria.

P. P. B.